

había tomado el camino de la lógica, no solamente la jurídica, sino la humana, en un país democrático. Por lo tanto tendremos que pensar que se trata de un lapsus del Colegio al copiar de la ley vigente, pues no puede desconocerse la existencia en Costa Rica de otra Escuela de Medicina que en 1982 producirá sus primeros médicos, no se podrá rechazar a estos ciudadanos costarricenses que en su derecho habrán adquirido para entonces su título de médico y que no hay razón para que no ejerzan. ¿Con qué criterio podrá el Colegio de Médicos rechazarlos e impedirles el ejercicio legal de la profesión, en tanto que a otros, también ciudadanos costarricenses si autorizaría mediante esta ley? ¡No hay en Costa Rica dos clases de ciudadanos! Debo seguir pensando que se trata de un lapsus y por lo tanto, todavía enmendable! Los estudiantes de medicina son seres humanos que llegan a ser médicos mediante el estudio duro, constante y sacrificado a la par del enfermo y de tutores que son médicos y hombres de ciencia capacitados. Yo comparo el médico en formación, el estudiante de medicina, con el embrión que en el vientre de su madre tiene vida y que la adquirió desde el momento de la concepción; que llegará a ser un hombre o una mujer y tendrá su sitio dentro de una sociedad en que los derechos son iguales. ¡Son colegas que han estudiado tanto como estudió cualquiera de los médicos colegiados, con sacrificio e ideales semejantes y porque además serán médicos formados! Estos jóvenes tienen padres, también ciudadanos costarricenses que hacen enormes sacrificios para hacer de sus hijos profesionales, miembros de una sociedad que quiere superarse participando en el engrandecimiento de la Patria.

Muy respetuosamente llevo ante la Junta de Gobierno del Colegio de Médicos y Cirujanos estos pensamientos a nombre propio, de nuestra institución y sus estudiantes, en el ánimo de que revisen ese artículo, pues aún es tiempo para hacerlo antes de que la ley siga su curso. De no tener éxito esta gestión, con todo respeto ruego a la Comisión Permanente de Asuntos Sociales de la Asamblea Legislativa, que cuando le sea sometido a discusión este proyecto y en especial el artículo 7o., con el buen criterio que distingue a cada uno de los señores diputados que la integran, se sirvan cambiar su redacción discriminatoria, dando derechos por igual a los estudiantes de las escuelas de medicina costarricenses, tal como quedó redactado en el dictamen de la Ley sobre Universidades Privadas. No dudo que esto ocurrirá y en el orden histórico será otro triunfo para la libertad y los derechos humanos.

DON ENRIQUE AMADOR

Hace muchos años, necesitando hacer una operación quirúrgica a un paciente, me vi ante un callejón sin salida: no tenía uno de los instrumentos quirúrgicos necesarios, pues no existía en el país. ¡Además, no tenía la Junta partida para comprarlo! Trabajábamos en perros y en cadáveres en el país! La enfermera instrumentista que compartía con nosotros todas esas faenas me dijo: ¡Doctor, por qué no le habla a Enrique Amador, tal vez él le

puede hacer esa pinza! Enrique me recibió como es él, algo seco. Le expliqué lo que quería. Juntos fuimos al arsenal de la Sala de Operaciones y encontramos unas pinzas viejas que nos podían servir para modificarlas. Dos días después me dejó con la enfermera de Sala el encargo. Desde entonces esa pinza sirvió en todas las operaciones que hicimos en esa parte del corazón. ¡Cuántos más instrumentos quirúrgicos nos hizo Enrique!

Amador, el Jefe del Taller del Hospital San Juan de Dios, nunca ha tenido horas de trabajo. El deber ha sido su costumbre, su ley, su religión. Así como Fulton hizo mover un barco con una caldera de vapor, las calderas del Hospital San Juan de Dios mantuvieron noche y día activas a las lavanderías, cocinas y salas de operaciones, tanto del Hospital, como del Antiguo Chapuí, del Hospital Nacional de Niños y del Hospital Blanco Cervantes. Amador, al igual que los cirujanos, siempre estaba de "guardia". ¡No hay pared, red de cañería, instalación eléctrica, autoclave, ni máquina de anestesia en el Hospital, que no tenga las huellas digitales de Enrique Amador! Cuarenta años de servir dejan su pátina.

El Consejo Técnico, que nunca se ha opuesto a que se retire un médico, discutió con fuego y cariño el retiro de Amador y le pidió que se quedara. ¡Ya era tarde! Enrique había perdido la fe y la esperanza. El se había formado en la época en que la Caridad era la razón de existir de esta institución y ahora le habían proclamado la guerra como cosa del pasado.

Qué justo sería que al igual que muchos servicios del Hospital llevan el nombre de los grandes médicos han dejado su huella en la historia de la medicina patria, el taller del Hospital lleve el nombre de don Enrique Amador Jiménez. ¡Así se haría justicia a un gran hombre, que le sirvió con toda su alma al Hospital de los Pobres!

Vesalio Guzmán
4 de julio de 1980

"LO INCREIBLE"

(MARAVILLAS DE LA MEDICINA)

Vesalio Guzmán

Dicen que los viejos recordamos más lo distante que lo reciente. Llegué a casa y me senté tranquilamente a oír la televisión mientras Rodrigo Fournier daba las últimas noticias y luego comencé a leer la Prensa Libre. En eso oí que en el programa que siguió alguien hablaba de un herido, acribillado a balazos por una pandilla en alguna gran ciudad de los Estados Unidos. Llegó la ambulancia y trasladó al herido al hospital. El proyectil lo tenía alojado en el tórax y sangraba internamente. El "equipo" (como le dicen ahora) de emergencias se hizo cargo del paciente, cuya tensión arterial descendía y se producía el shock. Un joven médico insertó una gruesa aguja en el tórax, conectada a un equipo de succión y la sangre que extraían se filtraba en un aparato plástico y le era

reinyectada. "Maravillas de la Medicina", decía la guapa mujer que explicaba aquello que llamaba la "Autotransfusión", que salvaba la vida del enfermo, con su propia sangre, mientras era trasladado velozmente a la sala de operaciones. Por supuesto, comentaba que en los hospitales se necesita mucha sangre en sus bancos para salvar vidas que como ésta, penden de un hilo, pero que este "nuevo" procedimiento es utilísimo, pues no necesitaba de pruebas sanguíneas de compatibilidad que consumen tiempo.

Mientras aquello me lo explicaban, terminando el siglo veinte, volví los ojos al pasado, no en aquella llamante sala de operaciones de un hospital de New York sino en las viejas salas de operaciones del Hospital San Juan de Dios o del de Cartago, hace casi cuarenta años, cuando nos soltaron la mano los viejos maestros y hacíamos las emergencias. ¡La "autotransfusión", procedimiento nuevo! Aquello, pensé, era más bien resucitar a un muerto. Quiero contar el cuento y se que muchos de mis colegas cirujanos que ahora tienen que "irse" de los hospitales por pasar de los sesenta, se acordarán de sus años mozos y sentirán que sus vidas médicas no fueron en vano.

En aquellos años cuarentas operábamos a una señora que tenía un embarazo extrauterino roto. El huevo fecundado se había implantado en la trompa de Falopio, que es un canal muy angosto y con el desarrollo del embrión, a los dos meses de embarazo no resistió la gran dilatación y se rompió. Cuando penetramos en la cavidad peritoneal, ésta estaba inundada de sangre, quizás dos o tres litros y la paciente en shock. En aquellos tiempos no teníamos un banco de sangre y primero había que detener la hemorragia. Rápidamente buscamos la trompa sangrante y entre pinzas detuvimos la hemorragia. Pero la presión arterial había desaparecido y la paciente se moría. En esos momentos entró en la Sala de Operaciones un cirujano de los viejos, maestro de generaciones y hombre práctico. ¡Métnale la sangre, no pierdan tiempo! dijo y punto y seguido pidió "la copa estéril!". Esta era una copa cónica de cristal, graduada en onzas, como las de las farmacias y que llenaba medio litro. Le pusieron el contenido de una gran ampolla de citrato de sodio al 20/o y a través de una gasa extendida en su boca, que servía de colador, filtrábamos la sangre que extraíamos de la cavidad peritoneal con un recipiente metálico y con esponjas de gasa. La sangre era luego vertida en un equipo de transfusión de la época, una fuente de cristal que pendía de un pedestal y que a través de un tubo de hule conectaba a la aguja introducida en la vena.

Mientras la sangre penetraba en las venas de la paciente rápidamente, seguíamos recogiendo todo lo que quedaba en el abdomen, la mezclábamos con el anticoagulante y la filtrábamos. La lucha fue tenaz, pero un rato después, el anestesista nos daba la buena nueva de que "ya oía presión". Se había restablecido el volumen circulatorio con la propia sangre de la paciente y ya "volaba solita". Pedimos entonces el aspirador para retirar los restos de sangre de la cavidad peritoneal y el Maestro se volvió y me dijo: "Déjesela adentro, Vesalio, que eso le

alimenta". ¡Siempre lavamos la cavidad peritoneal, muchachos desobedientes!

Cuando en 1946 fundamos en el Hospital San Juan de Dios - el Banco de Sangre y el público generosamente lo mantuvo lleno, el procedimiento de la autotransfusión se acabó, máxime que unos años después, los equipos de transfusión eran sellados y no permitían el trasvase.

Las cosas se ponen de moda y aquí las imitamos pronto. El procedimiento, vuelto a la vida en los Estados Unidos, revela como las cosas no son estáticas y que la evolución a veces da saltos atrás. Algún médico residente de guardia, de esos que tienen ideas y no temen ponerlas en práctica, decidió que no había razón para desperdiciar esa sangre. Hace unos veinte años, la auto-transfusión también se utilizó, de otra manera; algunos pacientes programados para cirugía, "donaban" su sangre dos o tres días antes, que les era restituida durante la operación, pues el organismo compensa el volumen circulatorio rápidamente y sin mayor disminución de los eritrocitos circulantes.

Valga la ocasión que nos ha dado el programa televisado, para recordar que los cirujanos de Costa Rica también se las ingeniaban y cómo aprendíamos de los viejos maestros, en una época en que no teníamos a mano la moderna tecnología de la época atómica. Eso sí que era "Lo Increíble".

OTROS TIEMPOS

Vesalio Guzmán

La conversación de dos muchachos que habíamos recibido el título de bachiller hacía pocos días fue muy provechosa, al menos para mí. Qué vas a estudiar? me preguntó el compañero. Farmacia, le dije. ¡Sos tonto, para estar detrás de un mostrador toda tu vida y agriarte el genio. Estudiá derecho, no ves que un abogado puede llegar a ser presidente ¡todos los presidentes son abogados! En aquellos tiempos ocurría lo que al muchacho pobre que invitó a la novia al club y le preguntó de una vez, ¿Quiere kola o limonada? Aquí se estudiaba derecho o farmacia y quien no podía, aún le quedaba el magisterio. Mi padre, un gran médico pero pobre como lo fueron todos los padres de antaño, no tenía con qué enviarme a estudiar medicina "al extranjero", como se decía. ¿Bueno, me dijo en esos días, ya decidió qué va a estudiar? ¡Si papá derecho! Le soné muy mal pues me dijo: ¿Y eso pues no habíamos hablado de la farmacia? Sí pero es que eso no sirve, no tiene futuro, le contesté. ¿Usted con quién ha estado hablando que le ha metido cosas en la cabeza? Bueno, es que un abogado hasta puede llegar a presidente, le dije, bajando la cabeza y mirando al piso. Después de una pausa que me pareció de siglos, me dijo mi padre con palabra firme pero dulce: ¡Vea hijito, el que llega a presidente es porque se lo merece, no porque haya estudiado esto o aquello. En cambio, quien no define su futuro no llegará a nada!. Estudié farmacia y años después medicina y no me arrepiento. Mi amigo, el del consejo, no estudió ni farmacia ni derecho.